

Sed de amor. Teresa del Niño Jesús y la misericordia divina

EMILIO JOSÉ MARTÍNEZ GONZÁLEZ, OCD
TERESIANUM, ROMA

RESUMEN: Todo en Teresa del Niño Jesús es expresión de la misericordia divina. Por eso, es fácil descubrir en ella que Dios es misericordia, que lo es porque en el fondo está la ternura de un Padre, que nos revela su amor en su Hijo querido. Si en la historia el pecado puede herir este amor, nunca lo ha disminuido ni destruido, así lo ha vivido Teresa. A lo largo de este trabajo se va desgranando de modo histórico-narrativo la presencia de cuanto afirmamos en la vida de Teresa, concluyendo con la proyección en su relación con los demás de lo que nace de su experiencia de Dios misericordioso.

PALABRAS CLAVE. Teresa del Niño Jesús, Filiación divina, misericordia.

Thirst for Love. St. Thérèse of the Child Jesus and Divine Mercy

SUMMARY: Everything in St. Thérèse of the Child Jesus is divine mercy; thus it is easy to discover in her writings that God is mercy because at the center is the tenderness of the Father, who reveals his love to us in his beloved Son. Although throughout history sin has wounded this love, it has never diminished or destroyed it and this is what Thérèse experienced. In this article we will explore in a historical-narrative fashion the presence in Thérèse's life of what we have affirmed above, and we will conclude with the reflection in her relationships with others of that which has its source in her experience of a merciful God.

KEY WORDS: Thérèse of the Child Jesus, divine sonship, mercy.

INTRODUCCIÓN

La convocatoria del Jubileo extraordinario de la misericordia por el Santo Padre Francisco¹ supone una llamada a toda la Iglesia a reflexionar sobre la misericordia pero también, quizás sobre todo, a contemplar el misterio de la misericordia². Podríamos decir que este no es un jubileo para vivir solo con la cabeza; hemos de implicar al corazón, de manera que se produzca un verdadero encuentro con Aquel cuyo nombre es misericordia.

Porque la misericordia no es un concepto, es una persona y tiene un rostro³, capaz de salvar a la persona, de limpiarla de todo pecado, de liberarla de toda culpa, como ha hecho con María Virgen, para demostrarnos a todos la fuerza de su amor⁴. Pero, sobre todo -lo descubriremos de la mano de Teresa de Lisieux- la misericordia divina se manifiesta como fuerza capaz de dar sentido la vida de cada persona, de sostenerla en medio de las más profundas tinieblas pues aun estas, pueden ser superadas, incluso convertirse en ocasión de vida y crecimiento, con tal que sean vividas desde el significado que aporta a cada existencia humana la misericordia divina.

Conocemos bien algunos textos bíblicos⁵, ya desde el Antiguo Testamento, que nos hablan de esa naturaleza eminentemente misericordiosa de Dios: Is 49,14-16; 66,13-12; Sal 102. En el Nuevo Testamento son particularmente notables las parábolas de la oveja perdida, Lc 14,4-7, y el hijo pródigo, Lc 15,11-32⁶; cf. MV 9).

Pero Jesús ha ido mucho más allá de las palabras. Manifiesta la misericordia de Dios en su carne, sometida al horrible acontecimiento

¹ A través de la bula *Misericordiae Vultus*. Citaremos siempre MV, seguido del número.

² Cf. MV 2.

³ “Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre” (MV 1).

⁴ Cf. MV 3. 24.

⁵ Cf. C. GARCÍA, *Jubileo de la misericordia: Valoración teológica en: Monte Carmelo 124* (2016) 240-241. 245.

⁶ Cf. MV 9.

de la cruz⁷. Nosotros sabemos que la muerte de Cristo es una conclusión a los ojos del hombre; a los ojos de Dios la resurrección vendrá después de la muerte, haciendo de la Pascua de Cristo un único acontecimiento que nos revela el inmenso amor del Hijo hacia el Padre, que cumple su voluntad hasta el fin, así como el inmenso amor del Padre hacia el Hijo, que lo glorifica levantándolo de entre los muertos: un amor que anula definitivamente la fuerza del mal.

1. LA VERDADERA ESENCIA DE LA MISERICORDIA

Los santos, cuya experiencia personal de Dios no es para sí mismos, sino para los otros, para la Iglesia, han conocido y transmitido de modo particular la misericordia divina. Estamos llamados a atender a su testimonio para poder realizar nosotros mismos por gracia de Dios esa misma experiencia. Entre todos ellos, santa Teresa del Niño Jesús brilla con un destello particular⁸.

Su singular experiencia nos ayuda a cumplir la llamada a entrar en la dinámica misericordiosa divina para que podamos ser, realmente, misericordiosos⁹.

De modo natural, nosotros vinculamos la misericordia a nuestras faltas, a nuestro pecado¹⁰. Afirmamos: cuanto mayor es el pecado, mayor es la misericordia de Dios. Ciertamente, *donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia*, nos dice S. Pablo (cf. Rm 5,20), pero una insistencia excesiva en esta idea puede llevarnos a posiciones de tolerancia del mal, incluso inconsciente. En el fondo de esta compren-

⁷ “Cristo nos rescató de la maldición de la ley, haciéndose él mismo maldición por nosotros, pues dice la escritura: «maldito el que cuelga de un madero»” (Gal 3,13).

⁸ Cf. MV 25; A. OLEA, *La misericordia de Dios en Teresa de Lisieux*, en: Monte Carmelo 124 (2016) 317-318.

⁹ Advertimos desde ahora al lector de que en estas páginas no realizaremos un análisis de la *Ofrenda al amor misericordioso* de santa Teresa del Niño Jesús. Existen ya muchos estudios sobre la misma y, precisamente en el artículo citado en la nota precedente –recientemente publicado– encontramos el que nos ofrece el P. Antonio Olea, prestigioso especialista en la materia. A él remitimos como última fuente (pp. 324-326).

¹⁰ Cf. A. M. SICARI, *La festa della misericordia*, Archa, Pergine Valsugana (TN) 2016, 27-31.

sión se funda, a mi parecer, el rechazo de algunos sectores -sobre todo *tradicionalistas*- al fondo y la forma del discurso del papa Francisco, así como a su incompreensión por parte de otros -así llamados *progresistas*- que lo deforman hasta el ridículo.

Frente a lo que unos y otros comprenden -o más bien malentenden- la palabra de Francisco es clara, netamente evangélica: “No es que el papa quiera revolucionar la fe y la moral, sino que quiere más bien interpretar la fe y la moral a partir del evangelio. Y lo hace no con un lenguaje doctrinal, abstracto, sino con un lenguaje sencillo, comunicativo y dialogal, que interpela a los creyentes con un nuevo estilo de vida y un nuevo impulso en la evangelización”¹¹.

Ni que decir tiene que la insistencia de Francisco en llamarnos a experimentar el perdón y la misericordia divinas no suponen por su parte la confesión de una supuesta indulgencia divina frente al mal, un volver la espalda al pecado como si nada hubiera sucedido, sino el ofrecimiento, en clave evangélica, de una oportunidad de levantarse de las situaciones de caída y reemprender el camino sin deudas pendientes.

El sacramento de la penitencia, al que tanto nos llama el papa Francisco, es prueba evidente de ello: Uno puede acercarse a él con la vida totalmente arruinada y, cierto, cuesta presentarse ante un sacerdote para hablarle de una vida así. Sin embargo, basta acercarse humildemente a él, superando la vergüenza fundados en el amor y la misericordia de Dios, para ser perdonados, lo que en clave divina quiere decir ser reconstruidos. Sentirse nuevos, llenos de esperanza, resucitados¹².

Lo cierto es que, en la dinámica divina, cuanto menos pecado hay, mayor es la misericordia; otra cosa es que nosotros necesitemos reconocernos pecadores, limitados, necesitados, para que podamos recibirla: piense cada uno “en la verdad de su vida frente a Dios, qué siente, qué piensa. Que sepa mirarse con sinceridad a sí mismo y a su pecado. Y que se sienta pecador, que se deje sorprender, asombrar por Dios. Para que Él nos llene con el don de su misericordia infinita

¹¹ C. GARCÍA, *Jubileo...*, 240.

¹² Cf. MV 17.

debemos advertir nuestra necesidad, nuestro vacío, nuestra miseria”¹³. Comprendiendo las cosas así, nos disponemos a acoger el abrazo de la misericordia de Dios en modo mucho más amplio, al punto que toca toda nuestra existencia.

Dios no es misericordioso porque nosotros le permitimos ejercer esta cualidad pecando. Dios es misericordioso por naturaleza. Dios es amor y misericordia por encima y antes de nuestra condición pecadora. Sus entrañas son entrañas maternas, como lo son las de toda madre independientemente de que haya o no concebido un hijo.

Veámoslo claramente reflejado en los *Romances* de san Juan de la Cruz:

-“Una esposa que te ame.
mi Hijo, darte quería,
que por tu valor merezca
tener nuestra compañía,
y comer pan a una mesa
de el mismo que yo comía,
porque conozca los bienes
que en tal Hijo yo tenía,
y se congracie conmigo
de tu gracia y lozanía.

-Mucho lo agradezco, Padre,
-el Hijo le respondía-;
a la esposa que me dieres
yo mi claridad daría,
para que por ella vea
cuánto mi Padre valía,
y cómo el ser que poseo
de su ser le recibía.
Reclinarla he yo en mi brazo,
y en tu ardor se abrasaría,
y con eterno deleite
tu bondad sublimaría”¹⁴.

¹³ PAPA FRANCISCO, *El nombre de Dios es misericordia. Una conversación con Andrea Tornielli*, Planeta, Madrid 2016, 59.

¹⁴ S. JUAN DE LA CRUZ, *Romance sobre el evangelio “in principio erat Verbum, sobre la Santísima Trinidad*, 77-98.

Como ha comentado muy acertadamente Gabriel Castro, en estos versos “va a aparecer en la historia el primer don: la creación, la primera misericordia; esta, en la figuración o en el relato de la Historia que hace san Juan de la Cruz, no aparece como fruto de ningún mérito anterior, ni tampoco referida inicialmente a ninguna miseria moral o natural; nace del todo y solo de la libérrima determinación del Padre: *una esposa que te ame mi hijo darte querría* (v. 77-78)”¹⁵.

Afirma Francisco: “Con la mirada fija en Jesús y en su rostro misericordioso podemos percibir el amor de la Santísima Trinidad. La misión que Jesús ha recibido del Padre ha sido la de revelar el misterio del amor divino en plenitud. «Dios es amor» (1 Jn 4,8.16), afirma por la primera y única vez en toda la Sagrada Escritura el evangelista Juan. Este amor se ha hecho ahora visible y tangible en toda la vida de Jesús”¹⁶.

San Juan Pablo II, por su parte, afirmó: “Dios [...] ya en cuanto creador se ha vinculado con especial amor a su criatura. El amor, por su naturaleza, excluye el odio y el deseo de mal, respecto a aquel que una vez ha hecho donación de sí mismo: nihil odisti eorum quae fecisti: «nada aborreces de lo que has hecho». Estas palabras indican el fundamento profundo de la relación entre la justicia y la misericordia en Dios, en sus relaciones con el hombre y con el mundo. Nos están diciendo que debemos buscar las raíces vivificantes y las razones íntimas de esta relación, remontándonos al «principio», en el misterio mismo de la creación”¹⁷.

Así pues, resumiendo:

- La Naturaleza de Dios, toda y solo amor, es misericordia.
 - La misericordia divina está radicada en su paternidad, en la que ha sido eternamente generado el Hijo.
 - El Hijo-Verbo encarnado es la misericordia de Dios hecha humanidad.
 - La creación es el don de amor que el Padre ha regalado al Hijo.

¹⁵ G. CASTRO, *Doctrina y experiencia en san Juan de la Cruz* en: Monte Carmelo 124 (2016) 298.

¹⁶ MV 8.

¹⁷ *Dives in Misericordia*, 4.

- El pecado hiere injustamente el amor originario, pero no lo ha disminuido ni destruido.
- El Hijo se encarna para revelarnos el rostro humano y redentor de la misericordia del Padre. En su cruz, justicia y misericordia se reconcilian.
- María es la criatura en la que se anticipa la fuerza de la misericordia y, al mismo tiempo, es visible el ser humano no contaminado por el pecado.
- Somos llamados a acoger esta misericordia a través del arrepentimiento.
- Somos llamados a ejercer esta misericordia con los otros¹⁸.

2. SANTA TERESITA: UNA VIDA (RE)CONSTRUIDA POR LA MISERICORDIA

En santa Teresa de Lisieux, Dios ha donado al mundo una criatura y la ha colmado hasta tal punto de misericordia que no sabe decir casi nada del pecado, pero sabe decirlo todo acerca del amor misericordioso de Dios.

Hay que afirmar, por lo tanto, que el modo de experimentar la misericordia de Teresa de Lisieux está centrado en el amor. No encontramos en ella prácticamente referencias al pecado, advertencias severas a los pecadores si no se pliegan a la misericordia divina, solo referencias a la grandeza del amor de Dios como fuerza capaz de construir y reconstruir la vida. Por su misericordia, Dios manifiesta tener un corazón tierno frente a la pobreza humana y ello va más allá de un simple voluntad de *limpiar* al hombre del pecado, para presentarse como voluntad de compartir la vida y, así, salvarla *impregnán-dola* de divinidad.

Podemos verlo claramente en la poesía que Teresa escribió al Corazón de Jesús¹⁹

¹⁸ Cf. A. M. SICARI, *La festa...*, 32-33.

¹⁹ PN 23, según la edición de *Obras Completas* publicada por Monte Carmelo, Burgos 1996, a cargo de Manuel Ordóñez Villarroel. Seguimos la

“Necesito encontrar
 un corazón que arda en llamas de ternura,
 que me preste su apoyo sin reserva,
 que me ame como soy, pequeña y débil,
 que todo lo ame en mí,
 y que no me abandone de noche ni de día.
 No he podido encontrar ninguna criatura
 capaz de amarme siempre y de nunca morir.
 Yo necesito a un Dios que, como yo, se vista
 de mi misma y mi pobre naturaleza humana,
 que se haga hermano mío y que pueda sufrir.

Tú me escuchaste, amado Esposo mío.
 Por cautivar mi corazón, te hiciste
 igual que yo, mortal,
 derramaste tu sangre, ¡oh supremo misterio!,
 y, por si fuera poco,
 sigues viviendo en el altar por mí.
 Y si el brillo no puedo contemplar de tu rostro
 ni tu voz escuchar, toda dulzura,
 puedo, ¡feliz de mí!,
 de tu gracia vivir, y descansar yo puedo
 en tu sagrado corazón, Dios mío.

¡Corazón de Jesús, tesoro de ternura,
 tú eres mi dicha, mi única esperanza!
 Tú que supiste hechizar mi tierna juventud,
 quédate junto a mí hasta que llegue
 la última tarde de mi día aquí.
 Te entrego, mi Señor, mi vida entera,
 y tú ya conoces todos mis deseos.
 En tu tierna bondad, siempre infinita,
 quiero perderme toda, Corazón de Jesús”²⁰.

traducción y las siglas de esta edición (cf. p. 1345), excepto para las cartas, que citamos por la fecha.

²⁰ Estrofas 4-6. Resulta interesante la nota a esta poesía en la edición citada (1158-1159): “Teresa no se queda en el símbolo, entonces tan en boga, del Corazón herido por la lanza. Ella va directamente a la realidad: al amor personal de Jesús, a sus sentimientos profundos, al amor que llena su Co-

Así pues, para santa Teresita la misericordia de Dios manifestada en Cristo es, esencialmente, fuerza que levanta, que rehace, que sostiene en medio de las adversidades de la vida.

Es por esta razón que le disgustaban tanto las predicaciones que escuchaba sobre el evangelio del hijo pródigo. En particular, le resultaba difícil escuchar a los predicadores cuando, comentando esta parábola, decían que solo los grandes pecadores podían conocer y experimentar la misericordia de Dios: yo, afirmaba Teresa, no soy el hijo pródigo, pero tampoco soy el hijo mayor que se ha quedado en casa sin entender la belleza del don recibido. Yo he aprendido de Jesús a ser como Él, pertenezco al grupo de los hijos que nunca han dejado la casa y soy feliz por ello:

“Como el padre del hijo pródigo al hijo mayor, me ha dicho: todo lo que es mío es tuyo. Tus palabras, Jesús, son por tanto mías y puedo servirme de ellas para atraer sobre las almas unidas a la mía los favores del Padre Celestial”²¹.

Su *enfado* la llevará incluso a *reescribir* la parábola:

“Supongamos que el hijo de un doctor muy competente encuentra en su camino una piedra que le hace caer, y que en la caída se rompe un miembro. Su padre acude enseguida, lo levanta con amor y cura sus heridas, valiéndose para ello de todos los recursos de su ciencia; y pronto su hijo, completamente curado, le demuestra su gratitud. ¡Qué duda cabe de que a ese hijo le sobran motivos para amar a su padre!

Pero voy a hacer otra suposición. El padre, sabiendo que en el camino de su hijo hay una piedra, se apresura a ir antes que él y la retira (sin que nadie lo vea). Ciertamente que el hijo, [39ro] objeto de la ternura previsor de su padre, si DESCONOCE la desgracia

razón. Y la manifestación suprema de este amor, Teresa la encuentra, no en la escena de Getsemaní o en el Corazón traspasado por la lanza en el Calvario, sino en la respuesta del Resucitado a la búsqueda apasionada de María Magdalena: en el *murmullo* de su nombre”. Efectivamente, Teresita había confesado a su hermana María del Sagrado Corazón: “Ya sabes que yo no veo el Sagrado Corazón como todo el mundo” (Cta. 1.10.1890; cf. G. GAUCHER, *Santa Teresa de Lisieux. La biografía*, Monte Carmelo, Burgos 2012, 502-505). Es inevitable comparar esta poesía con la *Ofrenda al Amor misericordioso* (Or 6) y Ms A 84r/v.

²¹ Ms C 34v; cf. P. 24,18.

de que su padre lo ha librado, no le manifestará su gratitud y le amará menos que si lo hubiese curado... Pero si llega a saber el peligro del que acaba de librarse, ¿no lo amará todavía mucho más?

Pues bien, yo soy esa hija, objeto del amor previsor de un Padre que no ha enviado a su Verbo a rescatar a los justos sino a los pecadores. El quiere que yo le ame porque me ha perdonado, no mucho, sino todo. No ha esperado a que yo le ame mucho, como santa María Magdalena, sino que ha querido que YO SEPA hasta qué punto él me ha amado a mí, con un amor de admirable prevención, para que ahora yo le ame a él ¡con locura...!"²².

Y es que Teresa sabe que la vida de cada hombre y de cada mujer no es muchas veces otra cosa que la búsqueda de un hogar perdido²³; hogar que es fuente de calor y amor que hace de cada mañana ilusión y de la vida una aventura. Miles de existencias tronchadas dan fe de la dificultad de hallar ese amor que es fuente de sentido. Un amor que, sin embargo, está al alcance de nuestras manos.

3. COMBATE, CONFIANZA, AMOR

Teresa de Lisieux supo desde bien temprano del poder de la separación y la muerte. Su vida entera es una sucesión de rupturas: su madre muerta cuando ella tenía apenas 4 años; su hermana Paulina -su segunda madre- en el Carmelo unos pocos años después, camino que pronto seguirá su hermana María; su padre terriblemente enfermo luego de que ella misma ingrese carmelita... Ello la hace exclamar:

²² Ms A 38v-39r (las últimas líneas están escritas con tal fuerza que casi traspasa el papel con la pluma).

²³ Como ha notado el P. Tomás Álvarez, llama la atención que el *corpus* teresiano de sus cuatro grandes tratados comience con la descripción del hogar familiar (*Libro de la Vida*), siga con la narración de la aventura de creación de esas pequeñas casas de familia evangélica que son los monasterios de descalzas (*Fundaciones*), se extienda en explicar las normas de vida que mantendrán cálidos y fuertes esas casas (*Camino de Perfección*) y finalice en el hogar definitivo, la casa del Padre (*Moradas*).

“La figura de este mundo pasa... Pronto veremos nuevos cielos, un sol más radiante alumbrará con sus resplandores mares celestiales y horizontes infinitos, la inmensidad será nuestro dominio”²⁴.

No obstante, a pesar de todo ello, la vida de Teresita se nos presenta entera, auténtica, llena²⁵. Quizá para ella resultase también una sorpresa mantenerse íntegra. Sólo la profunda experiencia del amor de Dios para con ella le permite dar una explicación a su *supervivencia*: *Dios se ha complacido en rodearme siempre de amor* (cf. Ms A 4v^o). Es en el amor a Jesús como respuesta al amor primero que en él ha manifestado el Padre donde Teresita encuentra el asidero, el agua que apaga una sed de amor eterno que la levedad de la vida no ha podido saciar:

“Puesto que no puedo hallar ninguna criatura que me contente, quiero dárselo todo a Jesús, no quiero dar a las criaturas ni siquiera un átomo de mi amor. ¡Quiera Jesús darme siempre a entender que sólo él es la felicidad perfecta, aun cuando parezca estar ausente!”²⁶.

En medio de todas las tormentas, en el rigor de todos los sufrimientos, Teresa ha percibido siempre la mano de Dios como presencia paternal que ha conducido su vida hacia el amor eterno, el que nunca se acaba y se convierte así en fundamento de la vida. En muchos lugares de sus escritos, Teresa de Lisieux refleja esta seguridad de saberse amada con predilección por su Padre del cielo. En sus manos está la vida de la *pequeña flor* y por eso Teresa puede navegar confiadamente entre las contrariedades de la vida.

La predilección y el afecto misericordioso con los que Dios la ama son para nuestra Santa el seguro de una existencia firme, sin rupturas, más allá de la limitación que impone nuestra vida. Incluso

²⁴ Cta. a Celina, 12.3.1889.

²⁵ Es la *florequilla de invierno* que ha conseguido crecer a pesar del frío, a pesar de los traumas y pruebas de toda clase: “Si Dios no se hubiese prodigado en rayos bienhechores a su florecilla, ésta nunca hubiera podido aclimatarse en la tierra, por ser todavía demasiado débil para soportar las lluvias y las tormentas. Necesitaba calor, rocío suave y brisas primaverales. Nunca le faltaron estos beneficios. ¡Jesús se los dispensó aun bajo la nieve de la tribulación!” (Ms A 13r; cf. Ms A 12r. 72r-v).

²⁶ Cta. a sor Inés de Jesús, 7.1.1889.

cuando, sumergida en las tinieblas más profundas de su noche oscura -último y definitivo *combate*-, dude de esa vida perdurable en la que ha puesto sus esperanzas desde la infancia, seguirá afirmando que sólo se construye una vida con sentido *por la confianza y el amor*.

La vida de Cristo hombre, del Dios que abandona los palacios celestes, su condición divina, para tomar los ropajes del esclavo y pasar por uno de tantos, es para Teresa la garantía palpable del amor de Dios. Su encarnación y su muerte son las prendas del amor divino, del amor interminable del Padre por sus hijos. La existencia de Teresa encuentra, pues, *su rampa de lanzamiento* en el amor que me amó primero.

Porque, para Teresita, este amor que precede al hombre no es regazo narcisista en el que reclinar la cabeza a salvo de las contrariedades de la vida, ni refugio seguro que protege del sufrimiento. Es lanzadera, fuerza que impele a salir de uno mismo para compartir la gracia que el descubrimiento de ese amor primero supone: amar en la misma medida en que me siento amado, porque el amor de Dios *sólo con amor se paga*. En estos versos del poema que compuso para su más querida amiga en el Carmelo, sor María de la Trinidad y de la Santa Faz, que fueron publicados en las ediciones de *Historia de un alma* con el título *Sed de amor*²⁷, expresa Teresa la condición responsorial de su amor:

“Jesús, al desterrarte, a nuestra tierra,
movido por tu amor,
por mí tú te inmolaste.
Toma mi vida entera, Amado mío,
yo sufrir por ti quiero, quiero morir por ti.

Tú mismo, mi Señor, nos lo dijiste:
*Nadie puede hacer más por los que ama
que por ellos morir.*

Pues bien: mi amor supremo
eres tú, mi Jesús.

.....
¡Cuántos desprecios por mi amor sufriste

²⁷ PN 31.

en tierra extraña!
También yo quiero oculta y despreciada
vivir y ser en todo
la última por ti”²⁸.

El privilegio de una existencia

No podemos, sin embargo, exagerar el peso de los sufrimientos y separaciones que jalonan los primeros años de la vida de Teresa -que marcan en ella un sentimiento claro de levedad de la vida²⁹ y un deseo intenso de infinitud y eternidad-, como si la irrupción en su vida de la misericordia divina fuese un fenómeno del todo sobrenatural, sin mediaciones humanas: lo cierto es que sus años de infancia se ven rodeados también de una ternura admirable, que sin duda constituye el sustrato antropológico de su descubrimiento teológico.

Para Teresa, Dios ejerce su amor como misericordia, misericordia entrañable. A su luz puede la pequeña Teresa releer toda su existencia y comprenderla como el despliegue de la misericordia entrañable del Padre a lo largo de cada minuto de su vida³⁰:

“He aquí, en verdad, el misterio de mi vocación, de toda mi vida, y el misterio, sobre todo, de los privilegios que Jesús ha dispensado a mi alma... El no llama a los que son dignos, sino a los que le place, o, como dice San Pablo: *Dios tiene compasión de quien quiere y usa de misericordia con quien quiere ser misericordioso*. No es, pues, obra del que quiere ni del que corre, sino de Dios, que usa de misericordia”³¹.

Dios, efectivamente, ha tenido misericordia en primer lugar al insertarla en una familia que la ha rodeado siempre de cariño, de afecto y de amor, al darle un padre y una madre capaces de ser, en sus vidas, símbolo del amor entrañable del Padre celeste³²: “el amor le hacía vo-

²⁸ Estrofa 1, estribillos 2 y 3.

²⁹ Ms A 25v (cf. Cta. a sor Inés, 5.5.1890; a Celina, 14.7.1889).

³⁰ Cf. Cta. a Celina, 26.4.1889.

³¹ Ms A 2r. En las páginas siguientes se extiende en esta idea.

³² “Lo más evidente es el lugar preeminente en la vida diaria de su fe en Dios. Algo que no debe extrañarnos, pues sabemos que los dos esposos hab-

lar, el temor la paralizaba. El amor y la misericordia de su familia, hicieron de trampolín para dar el salto hacia el amor y la misericordia de Dios³³.

La experiencia de su vida familiar le ha permitido radicarse en una certeza fuera de toda duda: amada en la tierra, lo es también en el cielo³⁴. Aquí, según Antonio María Sicari, encontramos la clave de su visión de la infancia como un símbolo que explica la vida entera: como su niñez ha estado llena del amor de los suyos, así también su vida está y estará plenamente envuelta en el amor de Dios³⁵.

En definitiva, con sus luces y sombras, la formación que Teresa recibe en el seno de su familia pone los cimientos de su relación futura con Dios. Y en esa formación tiene un protagonismo muy especial el padre, Luis Martín, de manera que podemos afirmar que su papá es el espejo en el que Teresa ve reflejado el rostro de Dios. Luis es un hombre dulce, de carácter casi infantil, que no duda en abajarse para complacer a su querida *reinecita*. Teresa contempla sin duda a Dios Padre en el espejo que Luis Martín representa.

Ya en el Carmelo, sin embargo, no le faltarían otras ayudas, a pesar del ambiente reparacionista, que cultivaba en el monasterio de Lisieux, como en la vida de tantos creyentes, una espiritualidad fundada en el miedo a un Dios lleno de ira³⁶, que siempre jugó en su contra³⁷.

Una intuición afirmada

Las inquietudes de Teresa no difieren en principio mucho de lo que era moneda común para muchas gentes piadosas de su tiempo: el

ían soñado con la vida religiosa. Su unión se afianza sobre este eje fundamental de la fe y de la esperanza” (G. GAUCHER, *Santa Teresa de Lisieux...*, 38).

³³ A. Olea, *La misericordia...*, 318 (cf. Ms A 6v; 13r; 80v; PN 22).

³⁴ Cf. Ms A 44r.

³⁵ Cf. A. M. SICARI, *La teologia di santa Teresa di Lisieux, Dottore della Chiesa*, Jaca Book, Milán 1997, 86.

³⁶ Cf. L. J. FERNÁNDEZ FRONTELA, *Entorno histórico de Teresa de Lisieux* en: *Revista de Espiritualidad* 55 (1996) 399-416.

³⁷ Ello sin contar a los predicadores o confesores timoratos, que, ignorantes de la vida espiritual, conminaban a Teresa a apagar sus ansias de santidad, a moderar sus temerarios deseos (cf. G. GAUCHER, *Santa Teresa de Lisieux...*, 402).

deseo de ser santa, de no ofender a Dios ¿Cómo alcanzar la perfección?

Para Teresa, la vida de Juana de Arco es ejemplar, ella quiere ser también la heroína que conquista para Francia y para sí misma la santidad a través del sacrificio y la entrega de sí misma. La innegable vocación a la santidad y su confianza infinita en la bondad de Dios la empuja a la búsqueda. Sabe que el Padre no le hará concebir un deseo irrealizable, por ello indaga casi con impaciencia el camino que la convertirá en santa.

No son, lo sabe bien pronto, las grandes hazañas las que la harán santa, pero su fina sensibilidad le muestra un camino mejor, el camino de las pequeñas obras. Pero aún hay demasiados deseos de conquistar, de alcanzar... En su interior, no obstante, su existencia comienza a verse concebida como regalo, como don de esa misericordia entrañable... ¿No podrá ser también la santidad un regalo, un obsequio del Padre?

Entonces, un retiro predicado por el padre Alejo Prou³⁸ a la comunidad, le va a confirmar en sus intuiciones³⁹:

“Apenas entré en el confesionario, sentí que mi alma se dilataba.

³⁸ El Padre Alejo Prou (1844-1914), franciscano desde los 25 años, se dedicaba a dar retiros y misiones por Normandía y Bretaña. El 8 de octubre de 1891 comenzó un retiro para las carmelitas de Lisieux. No fue del agrado de la comunidad, que le recibió con el prejuicio de su condición de predicador popular acostumbrado a grandes pecadores, por lo que sería incapaz de comprender la sensibilidad de las almas de las carmelitas, como la misma Teresa reconoce, al punto de hacer una novena de preparación para la buena marcha de aquellos temidos días (cf. Ms A 80r-v). A su mérito, sin embargo, debemos el espaldarazo más fuerte que Teresa recibió a nivel humano acerca de su doctrina.

³⁹ “La madre María de Gonzaga había invitado al padre Benigno de Janville para predicar los ejercicios. Este franciscano recoleto, provincial de Saint-Denis, era muy conocido por sus predicaciones sobre la confianza en Dios y el humilde abandono. Desafortunadamente no puede venir a Lisieux y envía a uno de sus discípulos, el padre Alexis Prou, de Caen, de su misma orden, predicador reconocido en numerosas congregaciones del oeste de Francia. Tiene entonces 47 años y es superior del convento de Saint-Nazaire” (G. GAUCHER, *Santa Teresa de Lisieux...*, 401).

Después de haber pronunciado unas pocas palabras, fui comprendida de un modo maravilloso, y hasta *adivinada*... Mi alma era un libro abierto, en el que el Padre leía mejor que yo misma...

Me lanzó a velas desplegadas por los mares de la *confianza* y del *amor*, que me atraían enormemente, pero por los que no me atrevía a navegar... Me dijo que *mis faltas no desagradaban* a Dios, que *como representante suyo, y en su nombre*, me aseguraba que Dios estaba muy contento de mí [...].

Nunca había oído decir que las faltas pudiesen *no desagradar a Dios* [...].

En el fondo de mi corazón estaba convencida de que era así, pues Dios es más tierno que una madre⁴⁰.

El Padre Alejo no hizo otra cosa -no poco- que afirmar a Teresa en la validez de sus intuiciones⁴¹. Dios era, en efecto, más tierno que una madre, ella lo había experimentado en su vida. No es extraño, pues, que sufriera tremendas crisis de escrúpulos -como hemos apuntado más arriba-, al comparar sus intuiciones sobre su Padre misericordioso con lo que tenía que oír y leer frecuentemente acerca de un Dios terrible, iracundo y castigador⁴².

⁴⁰ Ms A 80v.

⁴¹ Al releer la historia de su vida, hablándonos de los deseos de santidad de su infancia, tras la primera comunión, nos dice: "Este deseo podría parecer temerario, si se tiene en cuenta lo débil e imperfecta que yo era, y lo soy todavía después de siete años pasados en religión. No obstante, sigo sintiendo la misma confianza audaz de llegar a ser una gran santa, pues no me apoyo en mis méritos, no tengo ninguno, sino en aquél que es la Virtud, la Santidad misma. El solo, contentándose con mis débiles esfuerzos, me elevará hasta sí, y cubriéndome con sus méritos infinitos, me hará santa" (Ms A 32r).

⁴² Baste este testimonio de unos ejercicios espirituales recibidos de niña: "El sacerdote nos ha dicho que nosotras éramos como los siervos del Evangelio y que al final de nuestra vida Dios nos pedirá cuentas de las gracias que nos ha concedido y que necesitaremos presentárselas en proporción con las gracias que nos ha dado. He pensado que yo tendré muchas cuentas que dar a Dios que ha sido tan bueno conmigo y me ha concedido tantas gracias. He prometido esforzarme para ser buena y tener muchas obras buenas que presentar a Dios.

El sacerdote nos ha hablado de la muerte y nos ha dicho que es inútil hacerse ilusiones, que es seguro que moriremos y que, tal vez, alguna no termine el retiro.

Pero ella no cesa y así, en 1893, encontramos en una carta a Celina algunas intuiciones ya muy claras acerca de la misericordia de Dios y el modo de vivirla: Teresa está convirtiéndose poco a poco en apóstol de la misericordia divina, que experimenta vivamente como fundamento de su existencia:

“El mérito no consiste en hacer mucho o en mucho dar, sino en recibir, en amar mucho [...]; cuando Jesús quiere reservarse para sí la dulzura de dar, no sería delicado negarse”⁴³.

Es imposible, comprende Teresa, que podamos reducir un ápice la distancia que nos separa de Dios. Sólo él, lleno de infinita ternura, acercará su cálida mano a nuestro dolorido cuerpo y nos tomará suavemente, en un abrazo de amor infinito, de amor para siempre, sin separaciones, sin muerte, sin dolor, baño de infinita misericordia.

No hay, pues, conquista, ni méritos ni ley que nos hagan dignos de un regalo tan inmenso. El Padre amoroso se hace uno con nosotros, nos transforma. Esto ha sido hecho de un modo privilegiado en Cristo, pero no olvidemos que, como nos ha aclarado el Concilio Vaticano II: “El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado [...]. En Él la naturaleza humana ha sido asumida, no absorbida, por eso mismo, también en nosotros ha sido elevada a una dignidad sublime. Pues Él mismo, el Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido, en cierto modo, con todo hombre”⁴⁴ (GS 22). En el centro de la experiencia de Teresita, está Jesucristo:

“He aquí todo lo que Jesús exige de nosotros. No tiene necesidad alguna de nuestras obras, sino solamente de nuestro amor. Porque ese mismo Dios que declara no tener necesidad de decirnos si tiene hambre, no vacila en mendigar un poco de agua de la samaritana. Tenía sed... Pero al decir: dame de beber, era el amor

Nos ha contado que, siendo él joven, un padre misionero predicaba el retiro y les decía que tal vez al día siguiente faltara alguno y, en efecto, al día siguiente murió uno. Yo quiero ser muy buena para que la muerte no me sorprenda.

El sacerdote nos ha hablado de la Primera Comunión sacrílega y nos ha dicho cosas que me han dado mucho miedo”.

⁴³ Cta. a Celina, 6.7.1893

⁴⁴ GS 22.

de su pobre criatura lo que el Creador del universo reclamaba. Tenía sed de amor”⁴⁵.

Somos invitados, pues, por Teresa a situar a Cristo en el centro, escuchar lo que Él nos ha dicho del Padre con sus palabras y lo que nos ha mostrado de Él con sus gestos, porque en la persona de Jesucristo se revela de modo definitivo lo que Dios quiere y puede hacer por el hombre⁴⁶. Es la inversión definitiva en lo que se refiere a las relaciones entre el hombre y Dios. Para Teresita está claro que en la vida espiritual del cristiano no caben ni el temor ni el miedo. No podemos contemplar a Dios como realidad omnipotente y lejana que decide en un palacio de cristal el destino de la humanidad, sin conmoverse por nuestros quejidos ni derramar su misericordia sobre nuestros pecados.

Teresita concibe a Dios como madre tierna que cuida amorosamente de todas sus criaturas, hasta el punto de llegar a compartir la naturaleza humana dando un sentido a la existencia humana y salvándonos de modo definitivo.

Reconocida esta realidad, la tarea consiste en desplazar el centro de nuestra vida: lo importante, lo esencial, no es el *yo*, con todas sus obras. No podemos atender exclusivamente a nuestras tareas, pensando que los méritos alcanzados a través de ellas nos acercan a Dios. Lo importante es el destino de amor al que hemos sido llamados por el amor que nos amó primero⁴⁷.

Frente a la dinámica del mérito, que acaba por paralizar porque nunca seremos dignos del don de Dios, Teresa de Lisieux está proclamando una doctrina de la esperanza, la confianza en el amor primero de Dios, enfocando después nuestras obras de un modo nuevo,

⁴⁵ Ms B 1v; cf. Cta. a María Guerin, 30.5.1889 y Cta. a Celina, 14.7.1889.

⁴⁶ “Jesús de Nazaret, con su palabra, con sus gestos y con toda su persona revela la misericordia de Dios” (MV 1).

⁴⁷ Cf. Ms B 4r; “Pero cuando apareció la bondad de Dios, nuestro salvador, y su amor por los hombres, no nos salvó por las obras justas que hubiésemos realizado nosotros, sino según su misericordia, por el baño regenerador y renovador del Espíritu Santo, que él derramó copiosamente sobre nosotros por Jesucristo, nuestro salvador, a fin de que, justificados por su gracia, seamos herederos, según nuestra esperanza, de una vida eterna” (Tt 3,4-7).

responsorial. Respuesta amorosa al amor primero de Dios que es fundamental y original:

“Yo me considero un débil pajarillo cubierto solamente de un ligero plumón. No soy un águila, sólo tengo de ella los OJOS y el CORAZÓN, porque, a pesar de mi extrema pequeñez, me atrevo a mirar fijamente al Sol divino, al sol del amor, y mi corazón siente en sí todas las aspiraciones del águila [...].

Con su audaz abandono [el pajarillo], quiere seguir mirando fijamente a su divino sol”⁴⁸.

Cuando por sus faltas el pajarillo se siente sucio frente a Dios:

“En lugar de ir a esconderse en un rincón para llorar su miseria y morir de arrepentimiento, el pajarillo se vuelve hacia su amado Sol, presenta a sus rayos bienhechores sus alas mojadas, gime como la golondrina.

Y en su dulce canto, confía, cuenta detalladamente sus infidelidades, pensando, en su temerario abandono, conquistar así más dominio, atraer más plenamente el amor de Aquél que no vino a llamar a los justos, sino a los pecadores”⁴⁹.

Su canto al amor viene a ser una llamada de atención importante para una Iglesia que vive atrincherada, a la defensiva. Teresa quiere despertarnos a una forma más auténtica y evangélica de concebir nuestra relación con Dios, de manera que no sea ya el temor ni la acumulación de méritos lo que gobierne la vida del cristiano, sino la apertura a la generosidad y gratuidad de un amor que nos ama primero, que se nos impone, que se dona porque sabe que lo necesitamos, no porque lo merezcamos. Desde la pobreza y la insignificancia de los claustros del Carmelo de Lisieux, las tesis de Teresita minan por la base una forma de espiritualidad que, desgraciadamente, sigue gobernando en gran medida nuestra vida como cristianos. Con demasiada frecuencia venimos aplicando a nuestra piedad y a nuestra vida espiritual aquello de que *el miedo guarda la viña*, haciendo de Dios un monstruo de justicia que pone en guardia al hombre ante el temor de su suerte ultraterrena, obligándole a luchar tenazmente, a acumular méritos para alcanzar el cielo.

⁴⁸ Ms B 4v.

⁴⁹ Ib.

En suma, una fresca visión de Dios, profundamente evangélica, una respuesta dada a ella misma, a su propia inquietud, que ha sido hecha universal.

Desaparece así el *egoísmo* para dar lugar a la *alteridad*. Alteridad que no se convierte en cierre de uno mismo con Dios para disfrutar de este abandono esperanzado, sino en búsqueda de una vocación de servicio a los demás. El que centra su vida en Dios y se beneficia de su misericordia, no encuentra descanso hasta haber demostrado su amor en la entrega a los otros, por los que Cristo nos sale al encuentro.

4. LA GRANDEZA DE LAS PEQUEÑAS COSAS

Efectivamente, el abandono en la misericordia de Dios no nos exime de vivir comprometidos en el amor a todo lo que nos rodea: “la proclamación de la misericordia de Dios va unida a la espiritualidad del samaritano, propuesta por el Vaticano II [...]. El papa Francisco se refiere con frecuencia a esta espiritualidad con una expresión nueva y dinámica: «la Iglesia en salida» (EG 20ss)”⁵⁰.

El árbol bueno no puede dar frutos malos, y el que se siente tocado por el amor de Dios no dejará nunca de expandir ese amor, de corresponder al regalo de la misericordia del Padre sembrando misericordia allá donde se encuentre:

“No tengo otro modo de probarte mi amor que arrojando flores, es decir, no desperdiciando ningún pequeño sacrificio, ninguna mirada, ninguna palabra, aprovechando las más pequeñas cosas y haciéndolas por amor”⁵¹

Prender al Amor en un cabello.

Como vamos viendo, sabe bien Teresa que pretender pagar con amor el Amor divino es tarea imposible. No hay en su vida ni en su obra rastro de una espiritualidad farisaica que pretenda conquistar el corazón de Dios a fuerza de obras que la hagan pura. Él es el único santo, el único puro y *no hay otra cosa que pueda hacernos gratos a*

⁵⁰ C. García, *Jubileo...*, 243 (NB: EG= *Evangelii Gaudium*).

⁵¹ Ms B 4.

*Dios -dirá Teresa- fuera del amor. Pero, quede claro, Dios no tiene necesidad ninguna de nuestras obras, sino solamente de nuestro amor*⁵², que es respuesta agradecida a la previa misericordia del Padre celestial.

En el Manuscrito B de la *Historia de un alma*, ha dejado Teresa condensada la vocación de su vida, que es la vocación al amor vivido en clave de agradecimiento a quien nos ha amado primero. A amar aprende el hombre siendo amado, y la mujer Teresa se instruye en el amor por el toque del amor divino. Deseando responder a la misericordia entrañable de Dios y no hallando el modo de lograrlo plenamente sólo encuentra su consuelo al comprender, leyendo en san Pablo *que la Iglesia tenía un corazón, y que este corazón estaba ardiendo de AMOR*⁵³.

En la ley nueva del amor, incluso una débil niña puede pretender colmar su sed de realizar todas las vocaciones devolviendo a Jesús *amor por amor*. Parece que un Amor divino exigirá a cambio una entrega radical, absoluta y manifestada en grandes obras y sacrificios. Así lo comprendían muchos contemporáneos de Teresita, que multiplicaban las obras y las penitencias, en un intento de reparar las ofensas a Dios mediante el ofrecimiento del propio sufrimiento.

La propuesta de Teresa es un giro que sitúa en el plano de la gratuidad evangélica nuestra relación con Dios⁵⁴: salvados por el amor inconmensurable del Padre manifestado en Jesús, no podemos pretender conquistar con nuestras obras lo que nos ha sido regalado por la misericordia; como un pequeño pajarillo, Teresita eleva al cielo cada pequeña obra, cada pequeña mirada, cada palabra y cada gesto. El Amor de Dios se hace así, en la respuesta del hombre, cotidiano; brota en cada rasgo y fecunda la vida, que se construye en pequeños detalles y no en grandes proyectos que suelen acabar en nada.

La sentida pequeñez de Teresa es el vehículo privilegiado por el que el amor de Dios es apresado para el mundo y puede revelarse en

⁵² Cf. Ms B 1.

⁵³ Cf. Ms B 3.

⁵⁴ En santa Teresa del Niño Jesús es continua esta tensión de vuelta al Evangelio, "otro de los principios inspiradores del jubileo de la misericordia" (C. García, *Jubileo...*, 240).

esos menudos gestos de preocupación y pasión por los demás que constituyen su vida. En carta a su hermana Leonia, dirá Teresita:

“¿Cómo temer a quien se deja prender en uno de los cabellos que vuelan sobre nuestro cuello? Sepamos, pues, retener prisionero a este Dios que se hace mendigo de nuestro amor. Al decirnos que es un cabello lo que puede obrar este prodigio, nos manifiesta que las más pequeñas acciones, hechas por amor, son las que cautivan su corazón. ¡Ah, si hubiese que hacer grandes cosas, cuánto se nos debiera compadecer!... ¡Pero qué felices somos, puesto que Jesús se deja encadenar por las más pequeñas!”⁵⁵.

La vida de Teresa de Lisieux nos enseña así que los pequeños gestos y preocupaciones por los demás son un vehículo para la expansión del Amor de Dios en el mundo. Ella entiende la vida del crucificado como encarnación del Misterio del Amor que se ha hecho pequeño y cercano para com-padecer lo humano, para compartir el padecimiento de cada hombre y de cada mujer. Teresita es relato del Dios que se avvicina y pide que plantemos nuestra tienda al lado de los que sufren junto a nosotros. Que com-padezcamos sus vidas, llenas tantas veces, no de grandes catástrofes y sufrimientos, sino de las heridas de lo cotidiano, que también necesitan un consuelo. El camino de la santidad en Teresa de Lisieux es el camino pequeño del amor real en pequeños reales gestos: no reprochar a quien me salpica, no quejarme del ruido molesto de una hermana durante la oración... ¿puede ser eso materia de santidad? Algunas piezas de la vida de Teresita nos ilustrará mejor que un puñado de razonamientos.

La dinámica de la inversión

La imagen del crucificado es la palabra definitiva del Padre acerca de su presencia en el mundo. La sabiduría de la cruz supone la inversión de la dinámica de la violencia e imposición en amor y paz, tensión de cercanía, preocupación y pasión por los otros.

Teresita ha sido seducida por el crucificado e insertada por él en la corriente de salvación, la del amor sanador. Un amor no egoísta, un

⁵⁵ 12.7.1896. Esta carta es clave para comprender la espiritualidad de santa Teresita.

amor expansivo que pide ser compartido con todos los hombres y mujeres a los que reconozco hermanos. Es necesario encontrar los medios adecuados para insertar a los hermanos en la vida y Teresa también pugna por encontrar su puesto en la corriente de la inversión, la realización adecuada de su vocación al amor. Será su *primer hijo*, Pranzini, quien le muestre el camino adecuado⁵⁶.

Pranzini, un hombre cínico e inteligente -hablaba ocho idiomas-había cometido un triple crimen del que, a pesar de una gran cantidad de pruebas en su contra, se declaraba una y otra vez inocente. Al no mostrar rasgo alguno de arrepentimiento, no sólo se condenaba ante la justicia humana sino también, a los ojos de Teresa, ante la divina. Pranzini está, así, fuera de la vida de Dios, fuera de la órbita del crucificado, y eso aterra el corazón de la pequeña Teresita. No puede concebir que un hijo de Dios pierda la corriente de la vida y sea arrastrado a la perdición, y comienza a realizar pequeñas obras de caridad, pequeños sacrificios, que ofrece al Señor con la esperanza de que ellas ganen la salvación de Pranzini. Ella sólo habla de que empleó *todos los medios imaginables*⁵⁷, pero podemos recordar un testimonio de Paulina que nos dará idea del tipo de sacrificios que podía ofrecer Teresita: “Una tarde de verano -habla Paulina (M. Inés) en los procesos-, volviendo de un paseo, ella me dijo que tenía bastante sed; yo le aconsejé que ofreciera su sed al buen Dios por la conversión de un pecador, mortificación que ella aceptó con gozo. Cuando se acostó, le llevé de beber. «Has hecho el sacrificio -le dije-, seguro que el pecador está salvado, bebe ahora.» Pero ella dudaba, temiendo perder su pecador y mirándome a los ojos para ver si yo decía la verdad. Tendría entonces cinco o seis años”⁵⁸.

Todos esas pequeñas obras las une Teresa al sacrificio definitivo, al amor que el crucificado ha mostrado por todos al entregar su vida en la cruz. Por eso, encarga a su hermana Celina una misa por el terrible criminal. Cuando Pranzini, antes de morir, pida besar las llagas del crucificado, Teresa sentirá que su humilde misión ha sido confirmada: desde ahora tratará de insertar a sus hermanos y hermanas más próximos en la

⁵⁶ Cf. G. GAUCHER, *Santa Teresa de Lisieux...*, 240-249.

⁵⁷ Cf. Ms A 46r.

⁵⁸ En la respuesta a la pregunta 33 del Proceso Apostólico (Inés es la primera declarante).

corriente del amor y de la vida a través de los más pequeños gestos, gestos de proximidad y compasión cotidianos.

Amor grande en las cosas pequeñas

El testimonio de las Carmelitas que convivieron con Teresa durante su estancia en el Convento de Lisieux, conservado en los procesos de beatificación de la Santa, nos muestra con un realismo crudo la pobre realidad de aquella comunidad: muchas hermanas que se dividen en bandos enfrentados, pobreza intelectual y humana, envidias, celos, poco aprecio a la regla y al silencio,... Escuchemos a sor María de la Trinidad: [Teresita] “vivió en el Carmelo en un tiempo en que todo estaba en desorden en la comunidad. Se habían formado partidos [...]. Se faltaba mucho a la caridad. Se observaba mal la regularidad y el silencio”⁵⁹.

Las opciones para Teresa no eran muchas: dejarse arrastrar por la corriente, enfrentarse a las demás hermanas creando un bando de *puras, observantes*,... o apelar con amor a todas para acercarse a las más necesitadas y tratar de convertir así a las enemigas en amigas. Ella elige este amor sanador, que es el amor del crucificado

El testimonio de su hermana Paulina en los procesos es estremecedor: “En el Carmelo [...] eran continuas las ocasiones de choques, de roces, y, por consiguiente, de sufrimientos. Almas, aun excelentes y muy virtuosas, dejaban ver faltas de impaciencia y descontento.

Puedo testimoniar que jamás Teresa, aun en ocasión de tocarle lo más humillante y penoso, desistió de su calma, de su dulzura, de su caridad siempre amable.

Estimo que, para quien conozca bien el alma humana y la vida de Comunidad, no es una prueba despreciable de fortaleza sobrenatural”⁶⁰.

Impactante también el testimonio de sor María Magdalena, quien, novicia de Teresa en 1892, procuraba esquivarla, eludir sus preguntas... sor Teresa del Niño Jesús le parecía de una perfección *sospe-*

⁵⁹ Respuesta a la pregunta 12 del Proceso Apostólico.

⁶⁰ Ib.

chosa, no despertaba en ella ningún género de confianza. Escuchemos su testimonio en los procesos: “Desde el principio advertí en sor Teresa del Niño Jesús una virtud siempre ferviente. Hasta me proponía pedirme cuenta a mí misma si era posible hallarla en falta, porque yo escuchaba contra ella muchas críticas inspiradas en el espíritu de partido”⁶¹.

Como ocurre en tantos otros casos, la misma comunidad que des-cuidaba el amor fraterno, el cumplimiento del mandato del Señor, se preocupaba en cultivar ortigas que sirvieran a las mortificaciones extraordinarias. Así sucede tantas veces: soñamos con romper las rocas del mal a fuerza de tremendos golpes de martillo, olvidando cómo el mar erosiona las más colosales peñas con la paciencia y el rumor de las pequeñas olas que mueren en la playa:

“Nuestro Amado no tiene necesidad de nuestros grandes pensamientos, de nuestras obras brillantes; si quisiera pensamientos sublimes ¿no tiene a sus ángeles, a sus legiones de espíritus celestes, cuya ciencia excede infinitamente a la de los más grandes genios de nuestra triste tierra?”⁶².

“Dale gracias a Jesús [...]. Si permaneces siempre fiel en complacerle en las cosas pequeñas, él se verá obligado a ayudarte en las GRANDES”⁶³.

Para Teresita, la caridad, la más grande de las virtudes, no era comprendida en la tierra. Así pues, lejos las ortigas y las *penitencias de bestias*, pues ellas no son nada en comparación del amor que se manifiesta en las cosas pequeñas. Madre Inés habla en los procesos: “La Sierva de Dios estudió hasta en sus profundidades las diferentes palabras de Jesús a propósito de la caridad hacia el prójimo y me habló muchas veces del deseo de poner en práctica lo que comprendía tan bien”⁶⁴.

Y lo pondrá en práctica en el lugar donde debe ponerse: en el encuentro interpersonal, a través de palabras y gestos de misericordia que no son tan *grandes* como para pasar a los anales de la historia,

⁶¹ Respuesta a la pregunta 32 del Proceso Apostólico.

⁶² Cta. a Celina, 25.4.1893.

⁶³ Cta. a Celina, 26.4.1894.

⁶⁴ Respuesta a la pregunta 32 del Proceso Apostólico.

pero que construyen una santidad de lo cotidiano tan poco apreciada como necesaria. La auténtica preocupación, *pasión*, por los demás, es la de la anciana que no rehúsa atender a sus invitados preparando un pucherito de café a una hora intempestiva, la del hombre que, cansado del trabajo, no rechaza la conversación con un amigo que le necesita, la de la madre que vela una noche a su pequeño con fiebre, la del sacerdote que, cansado y enfermo, no deja de tomar el vaso de chocolate que una parroquiana le ofrece aun cuando su cabeza está a punto de estallar... Gestos y palabras parecidos a aquellos que, si miramos en el interior de nuestro corazón y nuestra memoria, podemos recordar como los más hermosos de nuestra vida: aquella mirada, aquella espera, aquél vaso de agua, aquella sonrisa que levantó nuestro corazón....

La vida de Teresa *canoniza* esa santidad de las pequeñas cosas, aunque a sor María de la Trinidad, como ella reconoce en los procesos, le pareciera una solemne tontería y un abuso: “Mostraba tanta complacencia que advertí que algunas hermanas abusaban y le pedían su ayuda como cosa obligada. Y esto era lo que me revolvió, pero ella lo encontraba natural y su caridad buscaba siempre el modo de agradecer a todas”⁶⁵.

El difícil oficio de ayudar a una portera

Sor San Rafael del Corazón de María era la hija de un tornero y tonelero de Normandía⁶⁶. A los veintiocho años entra en el Carmelo y en tiempos de Teresa es la portera del convento de Lisieux. En 1893, es nombrada nuestra Santa ayudante, suya y soporta pacientemente todos los caprichos y manías de la hermana portera. No contenta con la disponibilidad de su joven ayudante, sor San Rafael comienza a exigirle otros servicios ajenos a su cargo y trata de imponerle sus criterios acerca de cómo cuidar su salud, mientras en el Refectorio le priva del reconfortante vaso de sidra a su compañera de mesa. Teresa no soporta estoicamente estos desmanes, Teresa siempre tiene a mano una sonrisa, un gesto amable, una mirada de aceptación, de manera

⁶⁵ En su respuesta a la pregunta 32 del Proceso Apostólico.

⁶⁶ Cf. SR. CÉCILE, *Soeur Saint-Raphaël du Coeur de Marie (1840-1918)*, en *Annales de sainte Thérèse de Lisieux* 614 (1983) 4-5. 14.

que la hermana no pueda sentirse humillada, descubierta, ofendida. En compañía de Teresa, sor San Rafael suele estar tranquila, se siente escuchada y querida. Por eso, ante una recriminación de sor María de la Trinidad, la portera no dudará en contestar: “¡Oh, hermanita mía!, jamás la hermana Teresa del Niño Jesús me ha hablado como Vuestra Caridad lo hace”. El juicio de Teresa lo conocemos por el testimonio de la propia sor María: “Sé muy amable con ella, que está enferma, pues es caridad dejarla creer que nos hace bien, y esto nos brinda ocasión de practicar la paciencia”⁶⁷.

Teresa no se equivocaba al tratar a la hermana San Rafael como enferma. Al poco de morir la Santa, comenzó un declive mental que la llevaría en pocos años a la locura más absoluta, en la que vivió tristemente sumergida hasta su muerte en 1918.

A las almas imperfectas no se las busca

En la comunidad de Teresita, lo hemos dicho, abundaban hermanas de una pobreza moral rayana con la enfermedad. Ella percibe la facilidad con que nos acercamos a las personas de conversación agradable, mientras que huimos de aquellos y aquellas cuyas formas externas nos resultan pobres, desagradables. Los enfermos materiales son campo apropiado para ejercer la caridad, aproximarnos a ellos y aliviar su dolor nos llena de gozo interior. No ocurre lo mismo con las enfermedades espirituales. Teresa nota con perspicacia psicológica cómo en su comunidad no son apreciadas las hermanas llenas de *faltas de educación, susceptibilidad de carácter, cosas que no hacen la vida muy agradable*⁶⁸, se evita su compañía pues se teme una reacción desagradable, un desaire. Para Teresa:

“tales enfermedades morales son crónicas, no hay esperanza de curación. Pero sé también que si yo hubiese de estar enferma durante toda mi vida, mi madre no cesaría de cuidarme, de procurarme aliviar me.

Pues ved la conclusión que saco de todo esto: En la recreación, en la licencia, debo buscar la compañía de las hermanas que me

⁶⁷ Encontramos su testimonio en la respuesta de María a la pregunta 21 del Proceso Ordinario.

⁶⁸ Cf. Ms C 28r.

son menos agradables, cumplir para con esas almas heridas el oficio del buen samaritano. Una palabra, una sonrisa amable bastan muchas veces para alegrar un alma triste”⁶⁹.

De esta manera, Teresa se hará pronto enfermera de la hermana San Pedro⁷⁰. Atacada por la artrosis, esta religiosa no podía andar sin ayuda, y era un engorro para las enfermeras de oficio llevarla al refectorio. La Santa se ofrece voluntaria para el encargo y, no sin esfuerzo, conduce a la enferma cada día a su puesto en la mesa, sufriendo sin quejarse sus reproches. En Ms C 29 encontramos la deliciosa narración de Teresa, que concluye informándonos acerca del poderoso impacto de la misericordia samaritana en el corazón de todos:

“Con sus pobres manos deformadas [sor San Pedro] echaba el pan en su escudilla como mejor podía. No tardé en darme cuenta de ello, y ya ninguna noche la dejaba sin haberle prestado también este pequeño servicio. Como ella no me lo había pedido, mi atención la conmovió mucho, y, por este sencillo detalle, que yo no había buscado intencionadamente, me gané enteramente sus simpatías. Y sobre todo (me enteré más tarde), porque después de cortarle el pan le dirigía, antes de marcharme, la más graciosa de mis sonrisas”⁷¹.

Un sencillo gesto, una sonrisa inspirada en el Amor ha sido capaz de cambiar el corazón exigente en amigo, hasta el punto de que sor San Pedro se hace menos quisquillosa en sus requerimientos a Teresa. Años más tarde, esta religiosa llamará a Celina para explicarle la caridad que nuestra Santa ejerce con ella y confiarle una intuición que la hermana de Teresita comunica en los procesos: “me callo lo que pienso de esto -dice sor san Pedro- pero esta niña llegará muy arriba. Si os he contado todo es porque sois joven y podréis referirlo a otros a su tiempo, porque tales actos de virtud no deben quedar bajo el celémín”⁷².

⁶⁹ Ib.

⁷⁰ Cf. SR. CÉCILE, *Soeur Saint-Pierre de Sainte Thérèse (1830-1895)* en *Annales de sainte Thérèse de Lisieux* 601 (1982) 6-7. 14.

⁷¹ Ms C 29v.

⁷² Respuesta a la pregunta 32 del Proceso Apostólico.

Una novicia difícil

Sor Marta de Jesús, compañera de noviciado de Teresita no era una persona de trato fácil⁷³. Huérfana desde los ocho años, había conocido muchos orfelinatos normandos. Quizás por ello fuera agresiva y necesitada de cariño. Durante el noviciado no podía evitar sentir gran admiración por su compañera, pero tampoco perdía ocasión de herirla con comentarios irónicos, sarcásticos. La gota que colma el vaso de sor Marta, lega, es que Teresa sea admitida a la profesión quince días antes que ella.

Como nuestra Santa, permanece en el noviciado después de hacer la profesión, y sor Marta pide hacer los retiros anuales al tiempo que Teresa, quien tiene que romper su silencio para escuchar y aconsejar a la hermana Marta, quien parece haber establecido con Teresita una relación de *amor-odio*. No quiere separarse de ella, pero no pierde ocasión de criticarla en público y herirla con mordaces comentarios y frecuentes indelicadezas.

La actitud de Teresa es la que venimos notando hasta ahora. Comprensión, capacidad de escucha, una sonrisa, un gesto amable... que tendrán que esperar hasta después de 1897 para germinar en sor Marta. Escuchemos su testimonio en los procesos: "La hice sufrir mucho por mi carácter difícil; pero puedo afirmar, con toda verdad, que conservó siempre la misma dulzura, la misma igualdad de carácter. Mejor, diría que cuanto más la hacía sufrir parecía redoblar más los agasajos y atenciones.

Nunca me rechazó a pesar de la frecuencia de mis visitas; nunca manifestó el menor enojo al recibirme. Las admirables virtudes hacían que yo la amara mucho.

Sin embargo, experimentaba yo, a veces, la tentación de enfadarme. Entonces me alejaba de ella y no quería hablarla más. Pero en su gran caridad me buscaba siempre para hacer bien a mi alma, y, con su dulzura, conseguía ganarme siempre.

⁷³ Cf. SR. CÉCILE, *Soeur Marthe de Jésus et du Bienheureux-Perboyre (1865-1916)* en *Annales de sainte Thérèse de Lisieux* 599 (1982) 6-7.

Un día que estaba yo descontenta, le dije cosas que debieron causarla gran pena; pero nada mostró, y me habló con calma y bondad, suplicándome con instancias que la ayudara en cierto trabajo. Me rendí a su petición, pero murmurando porque me molestaba mucho. Me vino entonces la idea de ver hasta dónde aguantaría su paciencia, y para ejercitar su virtud me propuse no responder a nada de lo que me decía; más no pude por menos de doblegarme a su dulzura y acabé por pedirle perdón por mi conducta.

Sor Teresa del Niño Jesús no me hizo ningún reproche, no me dijo ninguna palabra mortificante, y, aunque mostrándome mis sinrazones, me animó a ser más dulce cuando se tratara de hacer servicios⁷⁴.

He aquí este largo testimonio de los procesos, es porque él nos permite justificar de modo claro que la actitud de Teresita no supone la renuncia de los débiles, sino la aceptación de los conflictos de un modo nuevo, que exige un valor y una fortaleza muy superiores a los métodos violentos. El amor absoluto al crucificado obliga a contemplar en todos la imagen de Aquél que pidió ser vestido en la desnudez de sus hermanos más pobres. También en la desnudez moral de las enfermedades psíquicas y la falta de formación. De esa experiencia de Dios surge el compromiso concreto de Teresita con los débiles, aquellos que nosotros, de palabra o de obra, rechazamos, porque no pertenecen al grupo de los *buenos*.

Esta manera de asumir los conflictos, como vemos en el caso de sor Marta o sor san Pedro, que intenta atraer al otro con gestos y palabras fraternos, resulta ser más valioso que cualquier método de exclusión, pues incorpora a la comunidad, a la corriente de la vida, a aquéllos que ya dábamos por perdidos.

La *pasión por los demás* que rige la vida de Santa Teresa del Niño Jesús se extiende por la oración y el sacrificio a los lejanos, pero es eminentemente concreta y cercana. Nosotros podremos pensar en construir un mundo nuevo cuando empecemos a construir un hogar nuevo, una vecindad fresca, un barrio reformado, en suma, cuando me entrego a los pequeños gestos de caridad y amor para con los próximos que tanto cuestan.

⁷⁴ En su respuesta a la pregunta número 12 del Proceso Apostólico.

Concluyamos con una hermosa página de Teresa. Ella, que quiso ser artista, pero hubo de ceder ese privilegio a su hermana Celina, nos hace aquí un canto a la estética de la ética; a la belleza de una pequeña obra de amor inspirada en el Amor:

“Una tarde de invierno, estaba yo cumpliendo, como de costumbre, mi dulce tarea para con sor San Pedro; hacía frío, anochecía... De pronto, oí a lo lejos el sonido armonioso de un instrumento musical. Entonces, me imaginé un salón muy bien iluminado, todo resplandeciente de ricos dorados, y en él, jóvenes elegantemente vestidas, prodigándose mutuamente cumplidos y delicadezas mundanas.

Luego, mi mirada se posó sobre la pobre enferma a la que yo sostenía. En lugar de una melodía, escuchaba de vez en cuando sus gemidos lastimeros; en vez de ricos dorados, veía los ladrillos de nuestro claustro austero, apenas iluminado por una débil claridad.

No puedo expresar lo que pasó en mi alma. Lo que sé es que el Señor la iluminó con los rayos de la verdad, los cuales superaron de tal modo el brillo tenebroso de las fiestas de la tierra, que no podía creer en mi felicidad...

¡Ah! no hubiera cambiado los diez minutos empleados en cumplir mi humilde tarea caritativa por gozar de mil años de fiestas mundanas”⁷⁵.

⁷⁵ Ms C 29v-30r.